

que se hablase del asunto, temeroso de que llegase á oídos de Motueczoma que sus huápedes sabían de la existencia del tesoro.

Tres dias bastaron para que quedase acabada la capilla, y los españoles tuvieron la satisfaccion de verse dueños de un templo donde adorar á su Dios á su manera, y bajo la proteccion de la Cruz y de la Virgen Bendita. Dijose una misa solemne por los padres Olmedo y Diaz, en presencia del ejército entero; dando todos muestras de fervorosa y ejemplar devocion; los unos, dice el historiador arriba citado, porque así acostumbraban hacerlo, y los otros por edificar á los infieles.¹

1 Ibid, loco citato.

CAPITULO III.

ANSIEDAD DE CORTES.—PRISION DE MOTEUCZOMA.

—TRATO QUE RECIBE DE LOS ESPAÑOLES.—

EJECUCION DE SUS OFICIALES.—MOTEU-

ZOMA PUESTO EN CADENAS.—

REFLECCIONES.

(1519.)

Ya tenían los españoles una semana de residir en México; durante cuyo tiempo habían recibido del emperador el mas amistoso acogimiento; pero el ánimo de Cortés estaba muy distante de estar tranquilo: él ignoraba cuánto tiempo duraria aquella amistad que podían hacer cambiar una multitud de circunstancias: conocia que el mantenimiento de un ejército tan considerable como el suyo, debia ser oneroso al erario del emperador: el pueblo de la capital no debia estar contento teniendo dentro de

los muros de la ciudad una fuerza armada y numerosa; debiendo originarse de aquí mil disgustos entre los moradores de la ciudad y los soldados; pues que en efecto era casi imposible que una soldadesca ignorante y licenciosa permaneciese por mucho tiempo sin cometer desmanes; si no se la empleaba activamente. ¹ Aun mayor era el peligro con los tlaxcaltecas, raza inflamable y hoy puesta en contacto con el pueblo, objeto de su odio y de su detestacion. Ya habian empezado á correr entre los aliados, algunos rumores, fundados ó no, de que los mexicanos murmuraban y aun amenazaban con romper los puentes. ²

Ademas, aun cuando pudiesen permanecer seguros los españoles en sus cuarteles, esto no les haria progresar en el objeto de su espedicion. Cortés no habia adelantado poco en apoderarse de la capital que era tan esencial para subyugar á todo el país;

1 "Los españoles," dice francamente Cortés hablando de sus compatriotas, "somos algo inoportunos ó importunos." Relac. seg., en Lorenzana, páe. 84.

2 Gomara, Crónica, cap. 83.

Hay fundadas razones para dudar de la verdad de estas historias. Según una cita original que tengo en mi poder firmada de las tres cabezas de la Nueva-España, en donde escriben á la magestad del emperador nuestro señor, (que Dios tenga en su santo reino), disculpan en ella á Moteuczoma y á los mexicanos de esto y de lo demas que se les argulló, que lo cierto era que fué invencion de los tlaxcaltecas y de algunos de los españoles que no veian la hora de salirse de miedo de la ciudad y poner en cobro innumerables riquezas que habian venido á sus manos." Ixtlilxochitl Hist. Chich. MS., cap. 85.

pero el dia menos esperado podian llegar nuevas de la córte, ó lo que él temia mas, del gobernador de Cuba, y un ejército superior al suyo que le arrebatase una conquista apenas comenzada. Agitado por estas reflexiones, resolvió salir del conflicto dando un golpe atrevido. Pero ántes determinó semeter el negocio á un consejo de oficiales, de los en que mayor confianza tenia, deseando por una parte dividir con ellos la responsabilidad del acto que premeditaba, y por otra interesarlos mas fuertemente en su ejecucion; haciendo que fuese hasta cierto punto resultado de su determinacion simultánea.

Luego que el general espuso el aprieto en que se encontraban, el consejo se dividió en dictámenes. Todos convenian en la necesidad de obrar prontamente; pero los unos opinaban por salir secretamente de la ciudad y situarse fuera de las calzadas antes de que se les cortase la retirada interrumpiéndolas: los otros eran de parecer que esto se hiciese públicamente, con el conocimiento del emperador, de cuyas buenas disposiciones teinan tantas pruebas. Pero de cualquiera manera que se hiciese la retirada, era impolítica: en aquellas circunstancias y con tanta precipitacion, tendria el aire de una fuga, infundiria desconfianza entre ellos mismos, y nada tanto como una demostracion de miedo, les acarrearía mas seguramente el ataque de los mexicanos y

el descontento de los aliados, que debían sin duda alguna participar de la opinión general.

En cuanto é Moteuczoma ¿qué confianza se podía tener en un príncipe que hace poco era su enemigo encarnizado; y cuya conducta vacilante dependía de sus temores y no de su favorable disposición hacia los blancos?

Aun cuando consiguiesen llegar á la costa, su situación no mejoraría gran cosa: eso habría sido proclamar al mundo, después de tantas vanaglorias, que eran inferiores á tamaña empresa. Sus esperanzas de alcanzar el favor del soberano y el perdón por los desmanes que habían cometido, estribaban únicamente en el buen éxito. Hasta hoy no habían hecho más que el descubrimiento de México: retirarse habría sido entregar á otro los frutos de su conquista. En suma, retirarse ó quedarse, todo era igualmente desastroso.

En medio de tanta incertidumbre, propuso Cortés un recurso que solo el hombre más audaz y en el último extremo de la desesperación podía concebir, y era ir al palacio de Moteuczoma y traérselo á los cuarteles españoles: por medios suaves si era posible, ó por la fuerza si no se podía de otra suerte; pero de cualquiera manera hacerse de su persona.¹ Con estos rehenes quedarían salvos los españo-

¹ Relac. seg. de Cortés, en Lorenzana, pág. 84. Ixtlixoçhitl,

les de un asalto de los indios á quienes sin duda rendiría el temor de las violencias que aquellos podrían cometer con el monarca; y si venía por su voluntad no tendrían aquellos excusa en atacarles. Mientras que el emperador permaneciera en su poder, ellos podían gobernar á nombre de él, con solo dejarle ciertas apariencias de soberanía y preparar las cosas del modo que mejor conviniese á la seguridad de los españoles y al buen éxito de la empresa. La idea de emplear á un soberano como instrumento para dominar á su pueblo, nueva en tiempo de Cortés, no lo es en los nuestros.

ubi supra. Mártir, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 3. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 6.

Bernal Díaz refiere este suceso de muy distinta manera. Según él, algunos oficiales y soldados [de los que él era uno] sugirieron á Cortés el plan de aprisionar á Moteuczoma, cuyo plan adoptó aquel sin vacilar. (Hist. de la Conq., cap. 93.) Pero esto es contrario al carácter de Cortés que en ocasiones tales era hombre que conducía, no que se dejaba conducir: es contrario al testimonio general de los historiadores; bien que debemos confesar que principalmente se han fundado en el dicho del mismo Cortés: es contrario á la probabilidad, porque el proyecto es tan desesperado, que apenas se concibe cómo pudo caber en la cabeza de uno; ¿cuánto más inverosímil no es que lo hayan concebido muchos? finalmente, es contrario á la positiva aserción de Cortés estampada en sus cartas al emperador, conocida de todo el mundo, circulada por todas partes y confirmada por el capellan Gomara; todo esto en tiempo que los sucesos estaban frescos y que vivían todavía las personas interesadas en contradecirla. No podemos menos de creer que el capitán, en esto como en lo del incendio de las naves toma para sí y sus compañeros mayor parte de la que les pertenece, olvidos y errores que tienen disculpa en el trascurso de cincuenta años, sin decir nada del manifiesto empeño que muestra por ensalzar la fama de aquellos últimos.

Una circunstancia de que el conquistador tuvo noticia en Cholula, ¹ ofrecia un pretesto plausible con que cohonestar la prision del hospitalario monarca; porque es preciso ocultar aun la accion mas procaz con cierto velo de decencia. Hemos dicho que un oficial fiel, Juan de Escalante, habia quedado en Veracruz con ciento y cincuenta hombres que la guarnecian. Poco despues de haber partido para la capital, recibió Cortés una comunicacion de Escalante en que le participaba que un magnate azteca, llamado Quauhpopoca, gobernador de una provincia que quedaba al Norte del destacamento español, le habia declarado el deseo de ir personalmente á Veracruz á jurar fidelidad á las autoridades de esta ciudad, y le pidió cuatro blancos que le protegiesen contra ciertas tribus enemigas por donde tenia que transitar al venir. Como era una peticion frecuente, no escitó sospecha ninguna en Escalante: envió, pues, á los cuatro soldados, dos de los cuales fueron asesinados luego que llegaron á manos del pérfido cacique, y los otros dos lograron escapar y se volvieron al campo. ²

¹ Aun Gomara tiene el candor de llamarlo un pretesto, *acha que*. Cap. 83.

² Bernal Diaz cuenta esto tambien de diversa manera. Segun él, el gobernador azteca queria obligar por la fuerza á los totonacas al pago de un impuesto, cuando vino Escalante en ayuda de sus aliados, que ya eran vasallos españoles, y fué muerto en un ³ombate. (Cap. 93.) Cortés tenia mas motivo de saber las cosas, y describió cuando estaban pasando: no tiene empacho en confesar

El comandante marchó al punto con cincuenta soldados y algunos miles de indios aliados, á vengarse del cacique. Siguióse una reñida batalla: los aliados huyeron de los temidos mexicanos; pero los pocos españoles permanecieron firmes, y ayudados de sus armas de fuego y de la Santísima Vírgen á quien claramente vieron aparecer en las filas de la vanguardia, quedaron dueños del campo; costándoles caro, es cierto, pues siete ú ocho españoles fueron muertos, entre ellos el valeroso Escalante, que murió á resultas de sus heridas, pocos dias despues de su regreso al campo. Los indios cogidos prisioneros en la batalla, dijeron que todo habia sido hecho por instigaciones de Moteuczoma. ⁴

Uno de los españoles cayó en poder de los enemigos, pero luego murió de sus heridas: cortáronle la cabeza y la enviaron al emperador azteca. Era extraordinariamente grande y cabelluda, y en las feroces facciones, que la muerte volvía aun más horribles, creyó leer Moteuczoma los siniestros caracté-

la severidad de que usaba con los naturales; y por todas estas razones he creído que debía atenerme á su dicho.

⁶ Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5. Relac. seg en Lorenzana, páginas 83, 84

La aparicion de la Vírgen la vieron solamente los aztecas, quienes ponderaron á Moteuczoma lo mas que pudieron el suceso, para encubrir su derrota; circunstancia muy sospechosa, pero en que sin embargo no pararon la atencion los españoles. "Y ciertamente todos los soldados que pasamos con Cortés tenemos muy creído y así es la verdad, que la misericordia divina, y nuestra Señora la Vírgen Maria siempre era con nosotros." Bernal Diaz, cap. 94.

res con que estaba escrita la destrucción de su reinado: al verla apartó la vista con horror y mandó que se la llevasen de la ciudad y que no la ofreciesen ante las aras de ningún dios.

Aunque Cortés había sabido esta noticia estando en Cholula, la había ocultado dentro de su pecho, ó había confiadola á unos cuantos oficiales enteramente dignos de su confianza; temiendo el mal resultado que ella produciría en el vulgo de los soldados.

Los caballeros á quienes Cortés reunió en el consejo eran hombres del mismo temple que él: su ánimo esforzado y caballeresco veía el peligro como su patrimonio; y si uno ó dos se asustaron al oír la propuesta del comandante, quedaron luego envueltos por los demás, que sin duda consideraban que á desesperados males se debían oponer desesperados remedios.

En aquella noche se vió á Cortés paseándose por su aposento de aquí para allá, como si le oprimiese alguna idea ó le agitase alguna fuerte emoción. Seguramente estaba repasando en su mente la peligrosa escena del día siguiente. ¹ En la mañana oyeron misa como de costumbre, dicha por el padre Olmedo que imploró la ayuda del cielo en tan aventurada empresa. En cualquier peligro en que se

1 "Paseóse un gran rato solo, y cuidadoso de aquel gran hecho que emprendía, y que aun á él mismo le parecía temerario, pero necesario para su intento, andando." Gomara, Crónica, cap. 33.

entrarse el español, siempre le alentaba la idea de que estaban á su lado los santos. ¹

Habiendo pedido á Moteuczoma una audiencia que concedió fácilmente, comenzaron los españoles á hacer los preparativos necesarios para la empresa. La parte principal de la fuerza fué puesta sobre las armas en el pátio del cuartel, y en las avenidas del palacio se situaron destacamentos que impidiesen al populacho cualquier tentativa para rescatar al monarca: ordenóse que 25 ó 30 de los soldados se encaminasen al palacio en grupos de tres ó cuatro, y se reuniesen allí como por accidente al tiempo que se verificaba la entrevista: para que le acompañasen escogió el general á cinco caballeros que por su valor y serenidad le inspiraban confianza, y fueron: Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lujo, Velazquez de Leon y Alonso Avila; nombres todos que figuran brillantemente en la Historia de la conquista. Iban cubiertos todos ellos y los soldados rasos de armaduras completas; cosa que frecuentemente hacían, y que por lo tanto no despertaba sospechas.

La pequeña comitiva fué amablemente recibida por el emperador, que mediante los intérpretes se

1 Díaz dice que estuvieron en oración toda la noche: "Toda la noche estuvimos en oración con el padre de la Merced, rogando á Dios que fuese de tal modo que redundase para su santo servicio." Bernal Díaz, cap. 35.

interesó en una animada conversacion con los españoles y desplegó su natural manificencia regalándoles oro y joyas, é hizo al general el cumplimiento de ofrecerle por mujer á una de sus hijas; honor que aquel rehusó respetuosamente alegando que era casado en Cuba, y que su religion prohibia tener varias mujeres.

Luego que conoció que ya se habia reunido el número suficiente de soldados, cambió bruscamente su tono afable, y en breves términos instruyó al emperador de las traiciones cometidas en la tierra caliente, y de que á él le designaban por su autor. Moteuczoma escuchó aquel cargo con sorpresa, negó que tuviese participacion en aquel acto, y dijo que solo sus enemigos podian imputarle semejante cosa. Cortés replicó que creia en lo que acaba de oír, pero que para probar que fuera cierto, era preciso mandar traer á Quauhpopoca y sus cómplices, para juzgarlos y tratarlos segun sus merecimientos. Moteuczoma no puso obstáculo en ello. Tomando de su brazalete, al que estaba pegada una piedra preciosa que era el sello real, y que tenia esculpida la imagen del dios de la guerra, ¹ la entregó á uno de sus nobles con órdenes de presentarla al cacique y de requerirle que se presentase al punto en la córte,

I Segun Ixtlilxochitl era su mismo retrato: "Se quitó del brazo una rica piedra donde está esculpido su rostro (que era lo mismo que un sello real.)" Historia Chichimeca. MS., cap. 85.

acompañado de todos los que le hubiesen ayudado al asesinato de los españoles.

Así que hubo partido el mensajero, aseguró Cortés al monarca que la deferencia que habia mostrado á su súplica le convencia de que era inocente; pero que era necesario que su soberano quedase tambien convencido, y que de ninguna suerte se conseguiria aquello mejor que trasladando Moteuczoma su residencia á los cuarteles españoles, donde permaneceria hasta que, viniendo Quauhpopoca se aclarasen enteramente los hechos: ¡este acto de condescendencia seria la mayor muestra de consideracion á los españoles, seria incompatible con el bajo proceder que le imputaban, y le absolveria plenamente de todo cargo! ²

Moteuczoma escuchó aquella propuesta y el pérfido razonamiento en que se le hacia descansar, con miradas de profunda sorpresa; púsose pálido como un cadáver; pero en el instante su semblante se animó con el resentimiento y con el orgullo de su ultrajada dignidad, y exclamó: "¡Cuándo se ha oido que un príncipe como yo, abandone su palacio para rendirse prisionero en manos de extranjeros!"

Replicóle Cortés que no iba en calidad de prisionero y que los españoles le tratarian respetuo-

Relac. seg. en Lorenzana, pág. 86.

samente: que seguiría asistido por su misma servidumbre, y que no se interrumpirían sus relaciones con sus vasallos: en suma, que no haría mas que mudar su residencia de un palacio á otro; cosa que acostumbraba hacer.—“Es en vano,” contestó: “aunque yo consintiese en semejante degradacion, mis súbditos no consentirían en ella.”¹ Por último, habiéndole urgido mucho, prometió dar á los españoles á uno de sus hijos y á una de sus hijas para que le retuviesen en rehenes, con tal de que á él se les ecsimiese de tamaña desgracia. Dos horas habian pasado en discusiones infructuosas, hasta que un esforzado caballero, Velazquez de Leon, impaciente de la tardanza, y conociendo que intentarlo y no hacerlo era arruinarse, exclamó: “¿para qué estamos perdiendo nuestras palabras con este bárbaro? ya hemos andado demasiado para retroceder: dejadnos aprisionarle, y si se resiste traspasarle el pecho con nuestros aceros.”² El tono amenazador y gestos imponentes de que fueron acompañadas estas palabras, intimidaron al monarca, que preguntó á Marina que era lo que decia el irritado español. La intérprete se

¹ “Quando yo lo consintiera, los míos no pasarían por ello.” *Ixtlilxochitl, ubi supra.*

² “¿Qué hace v. m., ya con tantas palabras? O le llevamos preso ó le damos de estocadas, por no tornarle á decir que si da voces ó hace alboroto que le matareis, porque mas vale que de esta vez aseguremos nuestras vidas, ó las perdamos.” Bernal Diaz, cap 95.

lo esplicó en los términos mas dulces que pudo y le rogó que acompañase á los blancos á sus cuarteles donde seria tratado con todo respeto y miramiento; mientras que rehusándose se esponia á la violencia y acaso á la muerte. Marina hablaba á su soberano lo que sentia, y nadie tenia mas oportunidad que ella de conocer que tal era la verdad.

Esta última instancia hizo vacilar la resolucion del monarca: en vano buscaba por todas partes amparo ó simpatías: al echar una mirada sobre los rostros severos y formas robustas de los españoles, conoció que habia llegado su última hora, y en voz apenas inteligible, á causa de la emcion consintió “en acompañar á los blancos y en abandonar un palacio adonde no debia volver jamas.” Si hubiese tenido el ánimo del primer Moteuczoma habria llamado en su ayuda á sus guardias y dejado la vida en los umbrales de palacio antes que haberse dejado arrastar por ellos como un cautivo deshonrado; pero el valor del último Moteuczoma sucumbió al peso de las circunstancias: ¡él conoció que era el instrumento de un hado irresistible!¹

¹ Oviado duda si la conducta de Moteuczoma se debe tener por pusilánime ó por prudente. “Al cronista le parece segun lo que se puede colegir de esta materia, que Moteuczoma era ó muy falto de ánimo ó pusilánime, ó muy prudente, aunque en muchas casas los que lo vieron lo loan de muy señor y muy liberal, y en sus razonamientos mostraba ser de buen juicio.” Sin embargo se inclina á